

Borges

Durante años y años Borges estuvo presente como un alto pino o un rosal cubierto de nieve cuyo interior fuera un fuego impasible, una llama cristalizada, un vértigo nacido de la indescifrable condición del universo.

Años y años su mano trazó en el cielo las constelaciones de la imagen, pero no seguido por las furias o las bellas bacantes de la transgresión, sino con la mirada infalible de alguien que mide por milésimos el peso de una flor, certezas y sueños, aunque su certeza era la duda infinita, el poderío de la ola cada vez más lejos hacia nada.

Textos exactos como diamantes mentales intercalados entre una esquina de arrabal y un versículo de la Cábala, nítidos, de una acuidad casi cruel porque las cosas en el fondo de la ceguera ya casi no pertenecen al mundo, sino al lujo mental.

Cierta tarde, parado en la esquina de Viamonte y Maipú pasó a mi lado un vacilante profeta apoyado en un bastón hecho con una rama del Arbol Prohibido,

con pasos inciertos, como si dudara en pisar este planeta adorable y terrible. Lo seguía un vikingo y un individuo parsimonioso y severo, con una guitarra de arrabal, enlutado.

Cruzó la calle, pasó a través de la pared y desapareció.

Ignoro cuál fue su rumbo después: era Borges.

La impasible máscara del faraón oculta la intolerable realidad de la muerte,
y la realidad que su poesía rescata del caos no es un remanso, sino un
torbellino,
palabras y ceremonias de gran sacerdote de la invocación de la nada
que arderán para siempre en cualquier llama que se encienda en la soledad del
hombre.

Pero no una pira fúnebre o incendio ostentoso,
sino algo así como una runa escrita en la arena
con la punta de su bastón que sus manos no dejaron jamás de empuñar,
sostenido como un cetro o un bastón-fetiché cargado de poderes como la vara de
Moisés,

pero el agua que hacía brotar era ardiente, no apagaba la sed,
dilataba las fronteras de la conciencia hasta el abismo,
hacia lo infinito del ser y del cielo, del espíritu y los grandes adioses de la
razón en el borde del mundo,

hacia lo misterioso y lo obsesivo, un puñal, un crepúsculo, un espejo,
una partida de ajedrez en el atardecer de una quinta de Adrogué con los
mosquitos como únicos testigos de un juego envenenado.

Pero *«Toda poesía es misteriosa, nadie sabe lo que le ha sido dado escribir»* dijo.
A él le correspondieron esos poemas indemnes a la pasión y al arrebató
entre lo cotidiano que late en el pulso de los hombres
y el infinito, donde retumba el pulso de Dios,
el vasto tapiz del sajón y del griego, Roma y Cartago, Nortumbria, el Golem, el
Eufrates, Isidoro Acevedo, Heráclito, Muraña el del cuchillo, espejos,
crímenes y dioses, todo cuanto nombró y se tornó mágico e
improbable.

Por sus manos pasaron copas de caña, enciclopedias, llaves de puertas que
nunca vio, páginas y páginas fosforescentes nacidas de una dramática
lucidez,
una poesía como la visión de montañas en el horizonte, casi astral, no el abrazo
pasional ni la boca suntuosa que invita al desastre,
sino el filo de la navaja negada a toda confusión, lejos del hechizo donde los
cuerpos y el sol se enardecen con los sentidos y la campana de los
muertos.

Después del relámpago y del amor, después de la aventura incesante de su
genio, como el más insólito azar de sus conexiones con el absurdo y
el tiempo,

él, que imaginó el cementerio de la Recoleta como la morada de sus cenizas,
yace en un cementerio de Ginebra junto a Calvino, por la eternidad.

Los dos grandes herejes como los fuegos de una constelación del fervor, lo
indomesticable y la más altiva disonancia

en la sordina de un mundo falsario invadido por los sofismas de la razón.

Calvino baila en la veleta del campanario, Borges bebe el agua del horizonte,
acaricia un gran tigre de hexámetros y su voz es de pronto una
revelación que dice:

«El trágico universo,
este sueño: mi destino.»

Enrique Molina



Si hay un problema instante e insistente en la historiografía literaria brasileña este problema es «la cuestión del origen».

Haroldo de Campos
Foto: José del Río
Mons, 1990

